

"CORTEJO Y EPINICIO", POEMAS POR DAVID ROSENMANN TAUB (CRUZ DEL SUR, 1930).

**B**AJO el prestigio de la Cruz del Sur, que no cobija cualquier cosa, un astro enteramente nuevo da sus primeras luces, mezcladas, extrañas, parpadeantes, pero ya inconfundibles.

¿Qué es, quién es David Rosenmann Taub, aparte lo que claramente dicen sus apellidos? El nos contestará: Era yo Dios y camiónaba sin saberlo. Eras oh tú, mi huerto, Dios y yo te amaba.

Dios preocupa a David Rosenmann; se toma con El irreverentes familiaridades, aunque no tanto como lo anuncian los títulos, calculados para escandalizar: "Dios se cambia de casa. En un coche de lujo...". "Dios pasa siempre restringido. ¿Tendrá temperatura?", y que sólo encierran fantasías audaces como algunas del Romanero o los místicos.

"Dios se cambia de casa. En un coche de lujo y con mucho cuidado, guarda la estreñería del Este. Echa en un saco al Angel Principal: la loza del ropaje replica a festival".

Con tal cual nota prosaica disonante, alternan bellas imágenes, de una puerilidad sencilla y rasgos cuyo simbolismo evocan a un Claudel sin gravedad.

"Los torpes strafines tropezan con un rizo de Lucifer. Los coros yacen con la vajilla. Y así entre trueno y trueno se desarma el palacio".

Esto podría figurar en un cuento infantil. Más adelante, la resonancia cambia, entre las burlas aparece el sentido y cruza un estremecimiento revelador. David Rosenmann no está tranquilo delante de Dios, pese a su desenvoltura juvenil.

"El tiempo ha sido depositado en un cajón junto con el destino del alma y los anteojos de Dios. El turbulento navío se encamina

# CRONICA LITERARIA

por  
ALONE

por las olas del caos hacia la nueva casa. Antes de abandonar el reino escarificado, Dios sube a la terraza a ver si por olvido algo se le ha quedado; y se posan sus ojos por las salas sin techo; y aunque mira y traspasa los libros paradisiacos, se olvida de la muerte y la vida que azotan en un rincón interminable. Y Dios se va sin verlas, mas siente escalofrío".

Muy poco perspicaz ha de ser el lector que se sorprenda, después de estos deslantes, si halla al autor en "éxtasis continuo".

"Sigo y persigo la llama divina. Me ahogo siempre en agua divina. Ciego me ciego de cumbre divina.

Y aun de oírlo murmurar, contrito, una plegaria, lejanamente comparable al celeberrimo soneto de Sánchez Mazas: Estirado así como has pedido de hinojos, las visiones deslumbradas, y con las manos apesadumbradas, más breve que un pájaro escindido, en mi amplio reposo prometido desde que alimenté las empapadas vigas de siervo, hasta que tus espadas rebanaron mi árido latido.

en mi lecho final aquí me tienes. No sé si has de venir y tengo miedo de que no vengas a más pobres sienes a tomar este fuego de viñedo tuyo que por la tierra has sustentado: aprisa, quiero aprisa tu llamado".

Aun no bien logrado, con acentos oscuros, de rítmico, este grito religioso figura entre las efectivas novedades que a la poesía nueva de Chile aporta David Rosenmann. Los jóvenes del período nerudiano iban por otra senda y estas visiones no los atallaban. ¿Habrá aparecido un precursor, uno capaz de sacudir la

rutinaria férula no ya de veinte o treinta años atrás, sino de ayer, de anteayer? Sería la mejor nueva del año.

Otro rasgo sorprendente, inesperado, entre los arrebatos líricos: la nota humorística. Ignoramos si el poeta quiso provocarla, si tuvo o no tuvo intención de reír, cosa que en muchos inhibe la risa, porque no se atreve a contrariar propósitos explícitos o implícitos de una obra. El hecho importante para nosotros consiste en que pocas veces un "contraste violento e inesperado" ha tenido mayor eficacia cómica que el último adjetivo del último verso en esta estrofa:

"Con tranques de musgo, cariño mio, te envolveré. Haga tuto mi niño ludo. Te envolveré bien, hijo, con esmeraldas y halos alabastrinos, y a tus manitas cubriré, cariño mio con gusanos bonitos. Haga tuto mi niño, niño podrido".

Existe, naturalmente, una explicación y la hallará quien observe el subtítulo "Fuerzas" y siga leyendo el resto de la composición. El poeta se refiere con sarcasmo a un niño muerto. Ello no obsta para que, de nuevo, el manantial de las corcañadas se abra con una nueva irrupción del niño:

"Quermé para siempre mi lucrero. Cíerrense tus ojitos, mi lucrero. Cíerros para siempre, niño podrido".

Otros se emocionarán; quisiere decir que son estrofas de doble efecto. Mayor riqueza.

Por lo demás el nuevo autor no la requiere;

su "Cortejo y Epitafio" descuelga, justamente, por la variedad de tonos, la abundancia de metros, ritmos y raras — no decida esas ni aquellos — y la sutura con que maneja su delicado instrumental. Uno se siente a través de una selva, bien acompañado por invisibles voces, modernas, clásicas, arcaicas o revolucionarias, siempre en captura y con profundidad de terreno.

Así se crean las originalidades. Entre las varias (1) que podrían señalarse a Rosenmann, no es ciertamente la menor la que apuntaremos al fin: sólo recuerda un sitio secundario a la dominadora libérrima. El erotismo absorbe y obsesiona. Lo explica este verso inicial de una composición amorosa que corresponde a "Mrs" de Magallanes Mouré: "En la Lava Sensual" (que corre ardiendo) el "No es bastante tu cuerpo: desee tu dextro" traduce en distinta forma la misma idea, el apéndice, de "algo más".

Persigalo, consígalo el autor y habrá logrado colmar también el anhelo de muchos lectores. (1) Por ejemplo: la intensidad sin declinación, el vigor vehemente y la potencia para elevar y poetizar hasta los más prosaicos temas: véase "Echaurren, calle dormida" etc.

## LAS MEMORIAS DE MAURICIO CHEVALIER

Adiantándose a los acontecimientos, el canzonetista y ahazador asegura en la página 157 que estas memorias de su vida las ha escrito, efectivamente él y que no tendría ninguna gracia habérselas encargado a un autor extranjero, porque el mérito de tales documentos consiste en su autenticidad, su frescor verdadero, su acerto personal.

Cierto; pero ocurre que, justamente, esos méritos no sabe ponerlos de relieve sino el escritor experimentado, la claridad, la sencillez, la "difícil facilidad" constituyen los frutos su-

premos del arte y se necesita mucho ejercicio, mucho refinamiento para que el refinamiento y el ejercicio desaparezcan de la prosa literaria. Los verdaderos cándidos que escriben con candor verdadero parecen artificiosos y entredados; aunque cuenten la pura verdad, diríase que están mintiendo. En cambio los otros, los que saben inventar (qué sensación de veracidad tan sólida producen!

Maurice Chevallier sabe, no hay duda, inventar.

Uno encuentra difícil que otro haya podido tomar su pluma y decir las cosas que él cuenta de sí mismo. Ningún alarde vanidoso u ostentatorio en sus confidencias juveniles; nada de dar a entender que viene de un linaje principesco y que en su nacimiento intrvinieron las hadas. Su padre, Víctor Carlos Chevallier, era obrero, pintor de edificios Borracho. Su madre, una santa mujer, apenas conocía las primeras letras. El las aprendió rudimentariamente y se le había destinado a un taller, como sus hermanos, uno de ellos grabador en metales. Pero era excesivamente indisciplinado y torpe; por la vocación teatral, por otra parte, lo llamaba con tiranía y un tiempo quiso ser acrobata; de fracaso en fracaso, llegó al hambre, a la miseria; su madre enfermó y él fué recogido por un establecimiento de caridad, un asilo de beneficencia pública.

Pero si ya es raro confesar estas cosas, más raro aun resulta referirlas sin énfasis ni orgullo al revés.

Chevallier lo consiguó. Más aún: declara que una vez, insultado en público por un colega envidioso de sus precoces triunfos, se calló, tuvo miedo, se tragó la ofensa. Verdad que, después, sintiéndose mal con ese veneno dentro, practicó el box, se convirtió en un diestro y pudo desafiar a su injuriante que, atemorizado a su turno, dió explicaciones.

Así también fué su carrera artística; el público le enseñó a cantar, lo corrigió, fué dirigiéndolo, en verdad, paso a paso. Y es acaso esta una de las lecciones más útiles de este libro, por lo demás entretenido, fácil, de lectura amable.